

algunas conclusiones precipitadas en las que se puede caer desde un abordaje militante y de una historiografía pragmática.

La Semana Roja fue escrita para ser publicada en la colección Biblioteca Política Argentina, N° 358/9, Buenos Aires, mayo 1992 del CEAL, lo que recién se concretaría en 1992, debido a las dificultades que la editorial tuvo en virtud del proceso hiperinflacionario por el que atravesó la Argentina en esos años.

La presente edición no modifica los marcos conceptuales en que el trabajo fue elaborado, pero introduce algunos cambios de redacción o estilísticos con el objeto de hacer más dinámica y fluida su lectura. Esperamos que *La Semana Roja* contribuya a incentivar en los hoy jóvenes estudiantes de historia o recientemente egresados de la carrera el estudio sobre el movimiento obrero argentino y el conjunto de problemas relacionados con las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera de nuestro país.

El rojo sueño del porvenir

La huelga general de 1909 y
la historiografía académica argentina

Eduardo Sartelli

La “semana roja” de 1909 es un episodio de orden mayor en la historia de la clase obrera argentina, lamentablemente poco conocido. Muy pocas páginas se han escrito sobre este evento que, en su momento, conmocionó a la capital del país y marcó rumos definitivos en la política argentina. Fuera de las evaluaciones de las historias clásicas del movimiento obrero (Abad de Santillán, Oddone, Íscar, Marotta) y de la historiografía posterior (Bilsky, Godio, etc.), la huelga no ha merecido ningún estudio específico ni mucho menos un libro, como no sea el que el lector tiene entre manos. Publicado originalmente por el ya mítico Centro Editor de América Latina (CEAL), este trabajo fue el producto de, por entonces, dos jóvenes investigadores que rechazaban, como otros hicimos, las mieles de la historia “alfonsinista” y su negación de la lucha de clases, y reivindicaban la importancia de restituir al proletariado a nuestra experiencia nacional.

En esa época, mitad de los '80, estaba de moda, era en realidad el caballito de batalla de las “ciencias sociales” burguesas, negar la existencia de la clase obrera. Ahora se trataba de “sectores populares” o de “inmigrantes”. Por esa vía se intentaba reconstruir la hegemonía de la burguesía argentina, llevando la victoria en el plano militar (el Proceso) y político (la democracia) a la conciencia

misma, tratando de borrar de allí al sujeto llamado a destruir la sociedad que estos intelectuales defendían. Ex militantes de izquierda en los '70, ahora militaban en el campo burgués, luego de un exilio dorado en Europa, y querían asegurarse que nunca volviera a ponerse en cuestión el orden burgués. Hilda Sabato, Juan Carlos Portantiero, Pancho Aricó, Beatriz Sarlo, Guillermo O'Donnell, entre tantos otros, reordenaron la universidad argentina con ese objetivo.

Este movimiento tuvo un aliado inesperado en el viejo nacionalismo, que ahora se expresaba en los estudios sobre la inmigración. La conciencia de clase había existido a comienzos del siglo XX, pero subordinada a la conciencia "étnica". A partir de aquí, un conjunto de historiadores del más variado pelaje ideológico tomaron la vía fácil de interpretar la realidad como ella se interpreta a sí misma, es decir, a partir de la conciencia burguesa, y produjeron una copiosa bibliografía que entronizaba al "inmigrante" como la clave de la historia social y política de la Argentina. El más consecuente y representativo resultó ser Fernando Devoto, figura hoy indiscutida de ese campo.

Durante los '90, con algún toque de posmodernismo, en particular en el mundo de la crítica literaria, estas corrientes dominaron el mundo académico, contribuyeron a construir el poder burgués y construyeron el suyo propio, no sólo en la universidad sino también en otros organismos como CONICET. El 2001 vino a ponerlos en cuestión y, en el primero de esos ámbitos, su poder fue cuestionado severamente. En otros, no. De todos modos, sus herederos kirchneristas no han cambiado sustancialmente nada, construyéndose una nueva camarilla intelectual, ahora más a tono con los tiempos que corren. Como sea, este último proceso no es el que desarrollaremos aquí. Veamos un poco ese episodio temprano de nuestra historia intelectual del que hablamos más arriba.

La historiografía socialdemócrata y el fin de la clase obrera

¿Quiénes son los historiadores socialdemócratas y por qué los denomino así y no, simplemente, liberales? Primero, los socialdemócratas son aquellos que se nuclearon detrás del alfonsinismo en los '80, luego de una experiencia en la izquierda trotskista o montonera en la década anterior. En general, todos provenían de algún grado de desarrollo teórico marxista y arrastraron esa pretensión hasta bien entrados los '90. La mayoría se exilió en Europa y se relacionó con las instituciones propias de la socialdemocracia y sus partidos, CLACSO, FLACSO, etc. Todos ellos retornaron como buenos demócratas, defensores de las "instituciones" y con una concepción relativista de la verdad. Ya no se trataba de convicciones, sino del "punto de vista", según reza el título de la revista que se constituyó en uno de los centros ideológicos de la experiencia. Se ubicaban, entonces, en el marco de la estrategia imperialista europea para la salida de las dictaduras militares en América Latina. Por otra parte, hay una tradición propia ligada a esa orientación, la socialista, que arranca con Juan B. Justo y continúa con José Luis Romero, de la que los autores actuales son tributarios.

¿Por qué no simplemente "liberales"? Teniendo en cuenta la evolución ideológica de la socialdemocracia europea, de Mitterrand a González y de González a Zapatero, perfectamente podríamos aceptar tal denominación. Pero ello oscurecería los vínculos ideológico-políticos que permitieron a esta gente convertirse en la punta de lanza académica de la reconstitución de la hegemonía burguesa. Por otra parte, existe, en el mundo y en la Argentina, una historiografía estrictamente liberal, de la que hay que distinguir al conjunto de intelectuales del que hablamos: Bartolomé Mitre en el siglo XIX o Roberto Cortés Conde y Ezequiel Gallo o Natalio Botana hoy, la historiografía liberal tiene en nuestro país una implantación centenaria, sólida y característica. Con esa historiografía, la socialdemocracia intelectual tiene sus diferencias: el Estado resulta, no

sólo un elemento necesario de la construcción del país, sino un actor eternamente presente; el mercado se entiende como un hecho social, no como un puro automatismo. Hasta allí llegó la diferencia, más una cierta propensión a una historia “social” más bien ausente en la tradición liberal.

En el campo de la historia de la clase obrera, la tradición social-demócrata parte de rechazar la existencia de la clase obrera. Como algún tipo de agrupamiento de la población resulta necesario, además de obvio, Luis Alberto Romero pergeñó el concepto de “sectores populares”, cuya existencia el autor extiende por lo menos hasta la llegada de los años '30. Vamos a repetir aquí lo ya dicho en otro lado, pero el lector puede buscar nuestro libro *La sal de la tierra*, para ampliar la mirada hacia el conjunto de la historiografía sobre la clase obrera.

¿Qué son los “sectores populares”? La expresión “sectores populares” ha sido utilizada coloquialmente muchas veces como sinónimo de “pueblo” e, incluso, de “trabajadores”. La novedad de Romero consiste en elevarla a la categoría de concepto que, además, tendría la virtud de retratar la realidad mejor que el que vendría a desplazar, el de clase social. Escuchemos primero por qué la categoría de clase debía ser eliminada del análisis social, al menos del período que Romero examinaba:

“supone una correlación automática entre las condiciones sociales de existencia y su conciencia, un fuerte deber ser a partir del cual los casos concretos que se analizan suelen ser presentados como desviaciones, generalmente producto de una falsa conciencia. (...) Buenos Aires no es una ciudad industrial (...) creímos necesario encontrar categorías que funcionaran en contextos sociales en que los obreros industriales no fueran el grupo hegemónico de los sectores populares. (...) la fuerte

movilidad y la expectativa generada por ella, más fuerte aún, conspiró contra la constitución de identidades de clase firmes y consistentes”¹

Atado a una teorización esquemática, el concepto de clase no puede dar cuenta de los cambios y las sutilezas porque es, inevitablemente, el producto de una racionalización economicista. Pareciera entonces que, por el contrario, el sujeto histórico no se constituiría en la economía sino en la cultura. Sin embargo,

“en la esfera cultural se constituye la *forma mentis* de los sujetos (...) su acción es un producto tanto de las ‘incitaciones y límites’ de la estructura como de los impulsos de esa forma mentis que opera como filtro y como retícula de las incitaciones de la realidad (...) un sujeto social se constituye tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura, sencillamente porque ambos son dos dimensiones de una única realidad.” (p. 29)

Según Romero, siguiendo a Edward Thompson, la relación entre ambas dimensiones está dada por la “experiencia”. Claro está, su experiencia nos es ajena, razón por la cual no podemos hablar de ellos en forma directa, aunque se puede imaginarlos a partir de la cultura común a toda la sociedad. De ese patrimonio común cada grupo saca el material de su identidad, de modo que se abre aquí una ventana por la cual entrar. A partir de su experiencia y su “forma mentis”, decodificarán ese patrimonio común. Esa decodificación puede entenderse por la mirada del “otro”, la “élite”, a quien entendemos porque “escriben y piensan más o menos como nosotros” (p. 33). Así, la vía de entrada al estudio de los sectores populares será el examen de “las acciones de diverso tipo que esa élite

¹Romero, Luis Alberto y Leandro Gutiérrez: *Sectores populares, cultura y política*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1995, p. 14. A partir de aquí, todas las citas corresponden al mismo libro, a menos que se indique lo contrario.

desarrolla para moldear, adecuar, conducir, dominar a los sectores populares”. Lo primero es, entonces, la “mirada” de la élite. Un segundo momento es observar cómo la élite organiza la sociedad, es decir, la acción de diferentes “instrumentos, en parte coactivos y en parte educativos”, con los cuales adecua a “este sujeto a los papeles que debe desempeñar”: el Estado, la iglesia, la industria cultural. Dicho de otra manera, la “cultura” es más importante que la fábrica. Obviamente, todo resignificado por la “forma mentis”. De “autoactividad”, poco.

Finalmente, ¿qué son los “sectores populares”? Romero admite que el concepto dice poco y nada. Sirve “apenas para delimitar un área de la realidad” (p. 35). En esa “ambigüedad” radica su virtud, pues pone más en claro que el concepto de clase, sólo “aparentemente más preciso”, que es imposible definir un sujeto “a priori” (aunque parece que tal precepto sí vale para los “sectores populares”). Algo así como que en su inutilidad radica su utilidad. Pero el problema no es de Romero, sino de la historia como ciencia, que frente “a las definiciones más bien estáticas de las disciplinas sociales sistematizadoras”, debe encontrar “un modo específico de caracterizar a los sujetos” y “un modo diferente de razonar”. A la pregunta sobre qué son los sectores populares, si aquello que son, lo que ellos creen ser o lo que los otros creen que son, Romero contesta:

“Como ya se señaló, el sujeto histórico incluye, de alguna manera, esas distintas dimensiones. Hay en él una base, como un mármol en bruto, sobre el cual puede construirse un número limitado pero diverso de estatuas: tal la determinación de la estructura; los escultores son los grupos dirigentes. El Estado, la Iglesia, los grupos contestatarios, actuando conjunta o separadamente, y también el propio sujeto, que construye desde adentro su propia imagen, de modo que la resultante es una combinación, no necesariamente coherente, de todos esos impulsos.” (p. 35)

Si dejamos de lado, otra vez, que resulta difícil entender cómo un mármol se autoconstruye, notaremos que aquí Romero privilegia a la estructura en la construcción del sujeto, en tanto que todos los demás elementos pueden realizar su trabajo sólo dentro de cierto límite puesto por aquella (el “mármol”). Sin embargo, al abordar una segunda cuestión, a saber, si los sectores populares tienen límites precisos, homogéneos y constantes, afirma la existencia de fuerzas “que llevan a la fragmentación”: diversidad ocupacional, diferencia de riqueza, prestigio y poder, tradiciones distintas, recortes nacionales, ideológicos y políticos, etc. Pero hay fuerzas que contienen semejante dispersión:

“grandes experiencias unificadoras, que pueden encontrarse en los mismos campos donde se hallan las de la fragmentación: una gran fábrica, que iguala condiciones laborales, el hacinamiento en la vivienda, la común extranjería frente a una sociedad excluyente o xenófoba, la participación en acciones de lucha importantes, una identificación política, la represión.” (p. 36)

Aquí se observa que los elementos unificadores (es decir, constituyentes) proceden de cualquier otro nivel, desde el trabajo hasta la ideología o una circunstancia fortuita. Así, el campo de los “sectores populares” puede achicarse o agrandarse según el momento y el caso, para incluir lo que “tradicionalmente” llamaríamos “lumpen proletariado” por abajo y “clase media” por arriba (p. 37).

¿Hay algo constante en los “sectores populares”? se pregunta Romero. No y sí. Los sectores populares “no son, sino que están siendo”. Además, cuando ya han cambiado, las tradiciones suelen dar una imagen de continuidad que oculta los cambios. Como conclusión, “tenemos, pues, unos sujetos sociales que cambian y permanecen, son lo que son y lo que han sido. También, en alguna medida, lo que van a ser.” (p. 38) Después de haber afirmado su existencia como sujeto, Romero termina reconociendo que “los

sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos". Sobre ellos surgen las "identidades", que son "cristalizaciones provisionales" (p. 39), provisionales como resultado del fluir del proceso histórico. Eso no impide que vuelva a definir a los sectores populares como "sujeto histórico" unos pocos renglones más abajo.

Uno estaría tentado a, frente a un texto que se contradice a sí mismo una y otra vez con notable precisión, dejar que se critique solo. Sin embargo, la tarea destructiva que esta operación ha realizado no puede dejarse sin castigo. Por empezar, porque descartar el concepto de clase no es una operación neutral en términos políticos. Segundo, porque ese descarte no le ha hecho bien a la ciencia histórica, todo lo contrario.

Por empezar, lo más sorprendente del análisis es que no existe ninguna razón por la cual el concepto de "clase obrera", como el de "burguesía", es decir, de "clase", sean más o menos "estáticos" que el de "sectores populares". Romero nunca examina el concepto tal cual aparece en los textos que denomina "clásicos", se limita a exponer su prejuicio. De hecho, podemos deducir del texto romeriano que lo que concibe como "clase obrera" se limita al "obrero industrial". Sin embargo, ¿en dónde Marx, Engels, Gramsci, Luxemburgo, Trotsky, Kautsky, Plejanov, Mao, etc., etc., definen a la clase obrera como "persona que trabaja en la industria" o "asalariado industrial"? Cualquiera hijo de vecino puede tomar *El Capital*, buscar el capítulo XXIII y encontrar allí todas las fracciones y capas que corresponden a la clase obrera. Puede tomar los capítulos XI y XII y encontrar allí todas las modificaciones que sufre la clase en su desarrollo histórico. Cualquiera puede tomar *El Dieciocho Brumario*, *La lucha de clases en Francia* (de Marx), *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, *Las guerras campesinas en Alemania* (de Engels), *La historia de la Revolución Rusa* (de Trotsky) o *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (de Lenin) y encontrarse con lo mismo: ninguna definición de clase admite sujetos homogéneos, imposibles

de enfrentarse entre sí, no atravesados por otras categorías (ideológicas, políticas, nacionales, de género). El que no lo hace es por simple pereza mental o por prejuicio ideológico. Efectivamente, el concepto de clase obrera que establece Romero como propio del marxismo "clásico" o de la "ortodoxia" es notablemente restrictivo y, por lo tanto, inadecuado, además de falso. Para la "tradición marxista", obrero es todo aquél carente de medios de producción y de vida. Una enorme variedad de situaciones unidas todas por el hecho de la explotación. Dada esa unidad, sorprenderá siempre la similitud de respuestas tanto como, dada la variedad, la diferencia de acciones, sentimientos y "cultura". ¿De dónde saca Romero, entonces, la definición de "clase social" que pretende demoler? No se sabe, porque no lo dice en ningún lado, siguiendo la costumbre de toda la "nueva historia social": inventar un enemigo a medida para luego "destruirlo" con comodidad.

¿En qué consiste, finalmente, la "revolución" conceptual romeriana? En un retorno al funcionalismo. Efectivamente, como en el funcionalismo, la sociedad queda dividida en capas que no tienen ninguna vinculación necesaria entre sí más que la mera superposición. De esa manera, las razones del conflicto social desaparecen: ¿por qué son peligrosos los sectores populares?; ¿por qué hay que controlarlos, moldearlos, educarlos? Si la "élite" no tiene ninguna relación *interna* con ellos, ¿qué es lo que lleva a los "sectores populares" a la lucha contra quienes los dominan? Debemos suponer que la envidia o alguna otra pasión humana. Por otra parte, ¿qué tipo de sociedad es, entonces, la Argentina? No es capitalista, en tanto no dominan en su interior las relaciones asalariadas o la polarización burguesía-proletariado no es dominante. Es más, no sabemos si esas clases existen, de modo que la Argentina debe ser algún tipo de sociedad única en el mundo. ¿Para qué estudiar a los "sectores populares" que no son más que un bloque pasivo (de "mármol" dice Romero), incapaces de autoactividad aunque se

diga lo contrario? Pero, además, ¿de dónde viene la capacidad “autoactivante” de la “élite”? ¿O no está ella también “determinada”?

Podríamos seguir páginas y páginas marcando las contradicciones de un texto filosóficamente infantil cuya conclusión es el empirismo más vulgar, que concluye con la ausencia de determinaciones materiales de los agrupamientos humanos y sus comportamientos y, por lo tanto, eliminando la historia como ciencia. Aceptaremos por buenas las conclusiones del propio Romero, a saber, que el concepto de “sectores populares” es inútil. Aunque el balance sobre la historiografía de los “sectores populares” está por hacerse, podemos afirmar que ha terminado recayendo en aquello que el propio Hobsbawm cuestionaba, el folclorismo: “Si no formulamos primero preguntas y luego buscamos material a la luz de las mismas, corremos el riesgo de producir algo que será meramente una versión izquierdista de la afición a estudiar lo antiguo, labor que equivaldrá a la que llevan a cabo los folcloristas amateurs.”² Un simple repaso de buena parte de esa producción mostraría un amontonamiento de datos en general insulsos, que no se remite a ningún cuerpo de conocimientos que permita resolver problema alguno.³

¿Conciencia de clase o conciencia étnica?

Otra de las formas que asumió el combate a la categoría de clase por parte de los intelectuales burgueses fue la negación de su centralidad. Las “identidades” de clase existen, pero no tienen un rol protagónico. En este caso, la categoría que venía al dedillo para esa tarea era la “étnica”. Resultó un sucedáneo del nacionalismo propio de la historiografía revisionista argentina, bastante pasada de moda. El más importante expositor de esta tendencia es Fernando Devoto,

²Hobsbawm, *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987, p. 18.

³El mejor ejemplo es, tal vez, la compilación de Diego Armus: *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Bs. As., 1990.

quien ha señalado que, a principios de siglo, la “conciencia étnica” era más importante que la de clase. En sus palabras, “la predilección por la solidaridad étnica era probablemente más fuerte que la predilección por la solidaridad de clase.”⁴ Las pruebas son notablemente endebles:

“En 1907 el frustrado Congreso de unificación de las dos centrales obreras (FORA y UGT) reunirá la no igualada cifra de 180 delegaciones de otras tantas sociedades de toda la república. En 1908 un censo realizado por las autoridades italianas en Argentina señala la existencia de alrededor de 320 instituciones mutualísticas solamente italianas en todo el país.”

Es decir: porque hay más asociaciones “étnicas” que delegados a un congreso sindical, los “inmigrantes” no se sienten otra cosa que hijos de su tierra.⁵ Devoto supone demasiadas cosas para poder arribar a este resultado: 1) que todos los miembros de las “sociedades étnicas” se nucleaban tras ellas por solidaridad “étnica”; 2) que todos los miembros eran obreros; 3) que aún habiendo miembros no obreros primaba una “pax interclasista”; 4) que la membresía sindical era la única forma de expresión de “solidaridad de clase” y que la cantidad de asociaciones sindicales es una medida de la fuerza del movimiento obrero y de la identidad de clase; 5) que ambos tipos de conciencia (étnica y clasista) se movían en igualdad de condiciones. Veamos si los propios datos de Devoto avalan su afirmación.

Las sociedades de ayuda mutua daban “servicios” sociales en un país como la Argentina de 1900, donde reinaba la más absoluta

⁴Devoto, Fernando: “Las sociedades italianas de ayuda mutua en Buenos Aires y Santa Fe. Ideas y problemas.”, en *Studi emigrazione*, Centro Studi Emigrazione, Roma, anno XXI, settembre, 1984, n° 75.

⁵Aunque ya no lo afirma de modo tan rotundo, Devoto insiste con esta idea e incluso con la misma comparación veinte años después, en su *Historia de la inmigración en la Argentina*, Sudamericana, Bs. As., 2004, pp. 310-319.

indefensión en materia de salud, vivienda, educación, etc. Tal vez sólo en el último punto el Estado reconocía la necesidad de actuar con intensidad y recién a comienzos de siglo. ¿Es difícil suponer que la pertenencia a este tipo de asociaciones tuviera que ver más con estos aspectos que con la “solidaridad étnica”? No hay forma de “descontar” de la cuenta “solidaridad étnica” a todos los miembros que sólo buscaban servicios sociales, pero un indicio lo puede dar el misérrimo nivel de participación en la vida interna de estas sociedades: según cuentas del mismo Devoto, apenas alcanzaba al 12% la participación de asistentes a las asambleas de la más movilizadora de las asociaciones que examina, la San Cristóbal. En las otras tres los porcentajes son 2,3, 3,5 y 10,7 respectivamente. Con razón concluye Devoto: “salvo excepciones la vida de las sociedades italianas transcurría en el más profundo desinterés de sus miembros”, porque “los mismos no buscaban en dicho tipo de entidades nada más que una cobertura médico asistencial.” A confesión de parte, relevo de pruebas. Una objeción en contra de mi argumento sería que, de todos modos, buscaban ese servicio en las sociedades étnicas y no en los sindicatos. Volveremos sobre este punto.

Devoto examina la composición interna de las organizaciones utilizando un criterio profesional, “ocupacional”. Categorías como “empleados” o “agricultores”, no dicen nada en términos de relaciones sociales: un gerente de la General Motors es un “empleado”; todos los que trabajan la tierra son “agricultores, sea un campesino feudal, un pequeño burgués o, incluso un burgués. Para peor, la categorización no sólo es pobre sino que ni siquiera resulta coherente, porque Devoto incluye entre las ocupaciones a los “obreros”, una categoría de clase, distinguiéndolos de los “jornaleros”, como si no fueran lo mismo. Es imposible, con esta forma de mirar la realidad, ver más allá de lo que las fuentes dicen. Tratando de transformar categorías ocupacionales a algo cercano a “clases”, lo que sus cifras muestran es que la participación burguesa es por lo menos de entre el 20 o el 30%, cifra muy conservadora, porque quién sabe qué

realidad se esconde tras la categoría Artesanos y obreros calificados y semicalificados (¿cuántos de ellos serían pequeños patrones, es decir, no obreros?).

Por otra parte, ¿había una “fuerte solidaridad interclasista en estas asociaciones”, como pretende Devoto? Como señala Romolo Gandolfo, es verdaderamente audaz responder afirmativamente. “Se podrían agregar infinidad de citas en el mismo sentido. Incluso en una de las “comunidades” inmigrantes más concentradas sobre sí mismas, la experiencia de las colonias judías en Entre Ríos, el conflicto de clase rompía cualquier tipo de solidaridad étnica y reconstruía líneas de clase inmediatamente.”⁷

Eso no impide que las sociedades de ayuda mutua, sobre todo las de base étnica, hayan cumplido un papel en la lucha contra el clasismo. Con claridad lo señalaba *La Vanguardia*:

“A la burguesía no le conviene que los trabajadores se den cuenta del dualismo de clase, porque entonces se emancipan de la tutela moral de ella, que no sólo los explota y los oprime, sino que les enseña y les inculca por distinguidos medios que esa explotación es algo bueno, necesario, o por lo menos irremediable (...) Responden muy bien al interés burgués de evitar o retardar esta emancipación moral, las sociedades de socorros mutuos, de recreo, etc., donde están unidos pobre y ricos, y en las que éstos, que son los iniciadores, son también a título

⁶Gandolfo, Romolo: “Las sociedades italianas de socorros mutuos de Buenos Aires: Cuestiones de clase y etnia dentro de una comunidad de inmigrantes (1880-1920)”, en Devoto, Fernando y Eduardo Míguez (comp.): *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica*, CEMLA-CSER-IEHS, Bs. As., 1992.

⁷Para que no se crea que corresponde a un análisis sesgado por la “ideología marxista”, remitimos al lector, no sólo a *La sal de la tierra. La lucha de clases en el agro pampeano, 1870-1940*, Ediciones ryr, Bs. As., 2012, sino al análisis del mismo conflicto de Villaguay de McGee Deutsch, Sandra: *Contrarrevolución en la Argentina, 1900-1932*, UnQui, Bs. As., 2003.

de protectores privilegiados, los que manipulan y en muchos casos, roban, haciendo siempre negocios productivos. Los trabajadores que pertenecen a estas sociedades instituidas y dominadas por elementos burgueses, no pierden ni un instante el sentimiento de sumisión y respeto a los patrones, a quienes creen superiores porque bajo ellos viven eternamente en la política, en el taller, en los centros sociales.”⁸

Las mutuales son instituciones burguesas (por composición, dirección e intereses centrales)⁹ y funcionan con finalidades cambiantes: como clave de la sociabilidad burguesa (fomentando la constitución de redes de intereses entre los miembros); como instrumento de presión burgués contra otros burgueses (como cuando la “comunidad” reclama ante el Estado argentino); como instrumento del control sindical (con la contratación de rompehuelgas, por ejemplo); como elemento de disolución del conflicto (como cuando se forman para los obreros de una fábrica como concesión patronal); como instituciones generadoras de la hegemonía burguesa en el seno de la sociedad civil. Esta última función fue muy importante en el caso argentino, como señala Gandolfo:

“De muchas maneras, las sociedades italianas representaban la visión del mundo de los artesanos convertidos en pequeños industriales. Tanto las sociedades como los pequeños industriales hablaban la lengua del “self-help” e invariablemente enfatizaban la importancia del trabajo duro, de la fuerza de voluntad, del ahorro y la educación. “Volere e potere”, “querer es poder”: este era el lema inequívoco de las sociedades italianas; un lema aparentemente validado por el éxito económico mismo de los industriales que las dirigían. Mientras los artesanos calificados y trabajadores tuvieran esperanzas de establecer

⁸*La Vanguardia*, 13/6/1896, citado por Gandolfo, op. cit.

⁹Gandolfo, op. cit.

su propio negocio, los industriales podrían seguir evocando el origen común para apaciguar conflictos de clase.”¹⁰

Estas sociedades, señalaba Emilio Zuccarini, anarquista devenido en nacionalista, habían “forzado en el ámbito del socorro mutuo, a los trabajadores y jornaleros que se encontraban antes desorganizados, disciplinándolos y enarbolándolos como ejemplo de moderación y ahorro.”¹¹

Resulta más importante ahora, sin embargo, preguntarse por la naturaleza de la organización sindical: ¿son los sindicatos la única forma de expresión de la conciencia de clase? Obviamente no. Siempre la representación sindical, aún en los momentos más exitosos, cubre apenas una porción de la clase. Presuponer que quienes no forman en las filas de ningún sindicato carecen de conciencia de clase, no sólo es un prejuicio inadmisibles, sino que contradice toda experiencia histórica. Ni siquiera en la Alemania de comienzos del siglo XX, con su poderoso Partido Socialdemócrata y su intensa relación con los sindicatos, podía mostrar a su movimiento obrero como algo más que el contenedor de una porción menor del proletariado alemán: un millón y medio de afiliados sobre un total de quince millones de obreros. Ni hablar del movimiento obrero ruso en momentos de la Revolución de Octubre.¹² Precisamente, porque la conciencia de clase excede con mucho a esa minoría organizada que es el movimiento obrero, puede éste movilizar enormes masas cuando la ocasión lo permite. Y para mostrar ejemplos no hace falta salir ni de la Argentina ni del período en discusión, basta llegar hasta el final del libro que el lector está leyendo ahora mismo: durante la Semana Roja de 1909 entre 250 y 300.000 obreros (la mitad de la población

¹⁰Ibid, p. 319.

¹¹Zuccarini, Emilio: *IllavorodegliitalianinellaRepubblica Argentina del 1516 al 1910*, Bs. As., 1910, citado por Gandolfo, op. cit., p. 319.

¹²Sobre el tema, la mejor reflexión es la de Luxemburgo, Rosa: *Huelga de masas, partido y sindicatos*, PyP, Bs. As., 1970.

obrero de la capital del país) participaron de la huelga más grave e importante antes de la Semana Trágica, a sólo dos años del “frustrado congreso” y apenas un año después del censo que justifica colocar a las “sociedades étnicas” en el centro de la vida social argentina. Y entre 50 y 80.000 se movilizaron el 4 de mayo de 1909 al funeral de los muertos en la masacre que inició la huelga, probablemente la mayor concentración de cualquier tipo vista en la Argentina hasta el entierro de Yrigoyen o el de Eva Perón.

Los sindicatos del período, eran pequeños, inestables, dirigidos por militantes muy consecuentes, con una dotación burocrático-administrativa mínima.¹³ Más importante aún, eran objeto de persecución permanente y vivían a mitad de camino entre la clandestinidad y el protagonismo social, lo que explica por qué muchos obreros preferían buscar “seguridad social” en las “sociedades étnicas”: respetadas, estimuladas y aplaudidas por el Estado, resultaban receptáculos más seguros para los ahorros obreros. Un sindicato que perdía una huelga importante desaparecía: ¿cómo podía ofrecer continuamente algún tipo de servicio? El redactor del Boletín de Departamento Nacional del Trabajo, comentando la relación entre los círculos católicos y los sindicatos lo entendía claramente:

“existen obreros afiliados a los Círculos, que a su vez lo están a los sindicatos gremiales de tendencias opuestas a las del catolicismo social. Entienden estos obreros llenar así, lícitamente, dos necesidades compatibles: la del socorro y la de la defensa de los intereses profesionales desatendidos a su juicio, en las asociaciones católicas”¹⁴

¹³Véase Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero*, CEAL, Bs. As., 1985.

¹⁴*Boletín del Departamento Nacional del Trabajo*, n° 46, marzo de 1920, p. 200.

Con obreros inmigrantes, transitorios, que hablaban más de cuatro lenguas diferentes¹⁵, con dirigentes deportados permanentemente, es realmente increíble que algún tipo de actividad sindical fuera posible. El que instituciones tan débiles pudieran movilizar amplísimos sectores de la sociedad sólo puede explicarse de una manera: por la existencia de una poderosísima conciencia de clase. Esa es la realidad: una estructura sindical débil tiene por contracara un clasismo fuerte. No por alguna cuestión metafísica sino porque la realidad de la producción social y su apropiación privada es la contradicción que domina la vida humana, por lo menos desde que el capitalismo existe.

Por último, si la conciencia “étnica” era más poderosa que la de clase, uno esperaría encontrar que los obreros italianos no hicieran huelgas a los patrones italianos, que se dividieran en sindicatos según nacionalidad y cosas por el estilo. Nada de esto sucedió. Si hubiera sido al revés, habríamos visto desarrollarse fracturas verticales en la sociedad argentina. Sin embargo, más allá de confrontaciones menores, los conflictos principales tomaron las características de conflicto de clases, hecho favorecido por la permeabilidad étnica de la sociedad argentina: no sólo había obreros extranjeros sino también burgueses extranjeros. Y era muy común que unos y otros se encontraran en conflicto. Por esto era normal que un obrero italiano se sintiera más cerca de un obrero japonés que de un patrón italiano.¹⁶ La forma que asumían las manifestaciones obreras, con diarios y discursos en alemán, inglés, francés, español e italiano,

¹⁵Los discursos del 1° de mayo de 1890 tuvieron que repetirse en español, alemán, italiano y francés. Ratzer, José: *Los marxistas argentinos del '90*, Ediciones pasado y Presente, Córdoba, 1969, op. cit., p. 71.

¹⁶Un viejo militante anarquista, Humberto Correal, me relató cómo, durante una huelga en la Boca, los patrones utilizaron “crumiro” japoneses, lo que los llevó a buscar (y encontrar) un obrero japonés que actuara de traductor y le explicara a los rompehuelgas la situación, tras lo cual pudo desbaratarse la maniobra.

hacían creer, probablemente mejor que en cualquier otro lugar del mundo, en la realidad del internacionalismo proletario. Como dijimos, lo que explica esta gran capacidad de movilización de una estructura sindical tan endeble, es la amplia difusión del “clasismo” como forma de conciencia.

Es cierto que podrían darse ejemplos de manifestaciones “étnicas” y de preocupación por parte del Estado, es decir, de la burguesía argentina, por el desarrollo del poder de alguna de las “comunidades” extranjeras. Pero el asunto nunca pasó de la anécdota. En realidad, más que un contrincante, las sociedades de ayuda mutua de base étnica fueron un arma burguesa contra la clase obrera. Reivindicar la “nacionalidad” aún bajo la forma de “inmigración”, es una manera de ayudar a la confusión que impone el caos superficial de la realidad. El “inmigrante” no existió jamás: es un invento reaccionario de la burguesía argentina y extranjera. Hace mucho tiempo ya, Ofelia Pianetto había señalado la conveniencia de focalizar el análisis en “el trabajador” y no “el inmigrante”.¹⁷ “El inmigrante” no existió jamás: la inmigración es un fenómeno de clase, hecho que atraviesa toda la vida social. Al igual que con el concepto de “sectores populares”, los estudios sobre inmigración que privilegian lo “étnico” han tendido a perder de vista las relaciones sociales fundamentales que organizan la vida social, razón por la cual recaen en el mismo folclorismo que apuntábamos antes, sólo que ahora con un cierto tono melancólico con el que se recuerda a los abuelos y a aquellos buenos viejos tiempos...

La importancia de este libro

El lector encontrará aquí material suficiente para comprender por qué este libro constituyó una reacción temprana contra esta

¹⁷Pianetto, Ofelia: “Mercado de trabajo y acción sindical en la Argentina, 1890-1922”, en *Desarrollo económico*, n° 94, (jul-set 1984).

tendencia a la negación de la clase obrera. El hecho elegido para discutir la ideología dominante en la academia burguesa no podría haber sido mejor: no sólo se trata de un objeto poco estudiado, como decíamos más arriba, sino de uno de una calidad particular. En efecto, se trata de una huelga general *política*. Por su magnitud, ya desmiente la idea de la ausencia de la clase obrera y de su conciencia de clase. Pero lo más importante es su despliegue cualitativo: se trata del nivel más elevado de la lucha obrera. Una huelga general económica es un enfrentamiento al conjunto de los patrones; una huelga general política es un enfrentamiento con el representante general de los patrones, es decir, el Estado, cuestionado en tanto que representante político general.

Es cierto que no se trata de una insurrección socialista, el punto más elevado dentro de la huelga general. Estamos en presencia de una lucha política democrática, pero de una lucha política al fin. La clase obrera no sólo existe, no sólo se reivindica en tanto poseedora de una mercancía particular, sino como parte de la sociedad política y, por lo tanto, poseedora de los derechos propios de esa sociedad: la expresión de ideas, la manifestación pública, el derecho de reunión, etc., etc. Constituye también un mentís a la presunta fragmentación “étnica” de la clase obrera, siendo abolición de la Ley de Residencia, es decir, la penalización estatal de la “etnicidad”, objeto central de las demandas obreras.

A contrapelo de aquella tendencia historiográfica que examinamos en los acápites anteriores, este libro no sólo restituye la huelga de 1909 a la historia de la clase obrera, no sólo muestra su presencia y su conciencia combativa, sino que examina sus alternativas políticas, sus aciertos y contradicciones, constituyendo un balance necesario de las tendencias político-sindicales que se disputaban la dirección del proletariado. Anarquismo, sindicalismo y socialismo son interpellados, entonces, a la luz de sus estrategias y de la coyuntura en la que actúan. Hoy, que un nuevo renacer político de la clase obrera argentina se asoma y que nuevas tendencias entran en disputa, este texto

se revela de una utilidad obvia. Ayuda a comprender que el pasado encierra, también, nuestros sueños del porvenir.

Para seguir...

Sobre la Semana Roja es muy poco lo que se encontrará incluso en las historias generales del movimiento obrero. Pueden consultarse los textos clásicos, que reflejan las tradiciones sindicalista, comunista, socialista y anarquista respectivamente:

Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino*, Líbera, Bs. As., 1975.

Iscaro, Rubens: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Bs. As., 1958.

Oddone, Jacinto: *Gremialismo proletario argentino*, Líbera, Bs. As., 1975.

Abad de Santillán, Diego: *La FORA. Ideología y trayectoria*, Editorial Libros de Anarres, Bs. As., 2001.

Para entender otros problemas ligados al hecho, pueden consultarse:

Bilsky, Edgardo: *La FORA y el movimiento obrero (1900-1910)*, CEAL, Bs. As., 1985.

Belloni, Alberto: *Del anarquismo al peronismo*, Ediciones Documentos, Bs. As., 1960.

Del Campo, Hugo: *Los anarquistas*, CEAL, Bs. As., 1971.

Del Campo, Hugo: *Sindicalismo y Peronismo*, CLACSO, Bs. As., 1984.

Oved, Iacov: *El anarquismo y el movimiento obrero en argentina*, Siglo XXI, México, 1978.

Panettieri, José: *Los trabajadores*, CEAL, Bs. As., 1982.

Sartelli, Eduardo: “Celeste, Blanco y Rojo. Democracia, nacionalismo y clase obrera bajo Yrigoyen”, en *Razón y Revolución* n° 2, primavera de 1996.

Suriano, Juan: *Anarquistas*, Manantial, Bs. As., 2001.

La Semana trágica, un hecho al que suele aludirse en este libro, pueden examinarse en

Rock, David: *El radicalismo*, Amorrortu, Bs. As., 1988.

Godio, Julio: *La Semana trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Bs. As., 1986.

Bilsky, Edgardo: *La semana trágica*, Ediciones ryr, Bs. As., 2011.

Testimonios del momento histórico:

Ghiraldo, Alberto: *La tiranía del frac*, CEAL, Bs. As., 1972.

Gilimón, Eduardo: *Un anarquista en Buenos Aires*, CEAL, Bs. As., 1971.

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo analizar la huelga general de mayo de 1909. Un estudio de esta naturaleza es importante por cuanto ese conflicto fue, entre las luchas protagonizadas por los sectores populares argentinos de principios de siglo, una de las más trascendentes. La relevancia de la huelga también ayuda a comprender las actitudes ideológicas y represivas asumidas por la clase dominante frente al movimiento.

La Semana de Mayo de 1909 expresó un nuevo nivel de conciencia de la clase obrera argentina, siendo observable en el carácter político de la misma, en su enfrentamiento directo con el aparato represivo del Estado y en su duración prolongada, en cuyo curso se desarrollan algunos de los picos más altos del enfrentamiento de clases de la época. Desde la clase dominante se pueden observar tres modos distintos de encarar la relación con otros grupos sociales: la represión, la negociación, y la propuesta a más largo plazo de nuevas modalidades en el vínculo Estado-sectores populares.

Nuestro propósito más abarcativo es el de comprender el hecho en su totalidad. Aún, así, creemos conveniente no dar la misma importancia a todos los componentes sean estos estructurales o superestructurales, por dos razones: